

G.—Calumnias que fallecen por doquier. Le dijeron al gobernador que yo cobraba derechos ilegales por las copias y los certificados yacentes.

P.—Y está usted seguro de que no cobraba estipendios ilegales?

G.—Incapaz, doctor. Yo soy un hombre admirable en la honradez.

P.—De modo que los estipendios que usted cobraba eran los que ordena la ley?

G.—Sí, doctor. Yo cobraba estipendios buenos . . . aceptados . . .

P.—¿Y lícitos?

G.—¡Exactamente! *¡Ilícitos!*, doctor.

La llegada del poeta.—Allá por el año de 1880 llegó a Bogotá, procedente de Amalfi, su ciudad natal, un joven como de dieciséis años, pequeñito, rubio, vivaracho y trajeado como Dios quería: con un terno que bien pudo ser gris un tiempo, pero que entonces parecía

un jirón del arco iris
que ha caído entre las flores;

con un sombrero de paja en cuyas alas, a semejanza de las pirámides de Egipto, tocaba el viajero los primeros inviernos del mundo; con unos botines de casi ausentes tacones y de punteras sonreídas, y con una corbata que . . . no,